

Lo que favorece la perfecta alegría.

Por último, reflexionemos sobre lo que favorece la *perfecta alegría* como actitud profunda del corazón. [...]

La perfecta alegría es un don que forma parte del don de la fe y de la esperanza, por eso estamos invitados a orar con insistencia: *Señor, aumenta en nosotros la fe y la esperanza.*

Junto con el espíritu de fe y la oración, es muy importante el apoyo de la gente. A pesar de nuestra participación en las humillaciones de Cristo, nos damos cuenta de que, gracias a Dios, hay mucha gente que nos apoya, reza e intercede por nosotros. Es también el cardenal Bernardin quien cuenta lo siguiente:

Para mí, el momento de la acusación y la investigación pública era también un momento de gracia. Un momento de dolor, sí, pero también un momento de gracia, porque sentía el gran amor y apoyo que me proporcionaba mucha gente.

Y hablando de la dura prueba de la enfermedad, escribe:

Junto con mi fe y confianza en el Señor, estaba constantemente apoyado por la conciencia de que miles de personas rezaban por mí en toda la archidiócesis y, a buen seguro, en el mundo. Fui honrado con una efusión de afecto y apoyo que me permitió experimentar la vida eclesial como una comunidad de esperanza de una manera muy íntima.

Es el gran don de la comunión de los santos, de aquellos que están ya junto a Dios y de cuantos caminan con nosotros por los caminos del mundo.



Año sacerdotal 2009

Hojas de reflexión

**«Carguemos también nosotros con su oprobio...
ofrezcamos sin cesar por medio de él un sacrificio de alabanza»
La perfecta alegría en el ministerio**

(de Carlo M^a MARTINI, *La cruz como raíz de la perfecta alegría*, Verbo Divino 2003, 119-124)

Los oprobios de Cristo.

En una sociedad como la nuestra, quien vive de verdad como cristiano es marginado prácticamente por la ideología dominante, que busca, a cualquier precio y sobre todos, éxito, goce y poder. Todo cristiano que quiera seguir a Cristo hasta el final se da cuenta, antes o después, de que está fuera de órbita o fuera del mundo.

Conozco personas que, precisamente por su profesión cristiana, han visto hasta cierto punto cómo se les cerraba el paso en la carrera a la que legítimamente podían aspirar.

De modo más general, ser cristiano hoy comporta experimentar una especie de repulsión: desde las puertas que se nos cierran en las narices hasta las calumnias y las persecuciones e incluso el riesgo de muerte. Hemos citado ya a los misioneros que por la fe o la caridad, han entregado su vida, y el martirologio -que el papa Juan Pablo II ha pedido que reelaboremos- contiene miles y miles de nombres.

¿Qué significa, en estas situaciones, vivir la *perfecta alegría*? No resulta fácil explicar, dado que es un don de Dios, gracia del Espíritu Santo que muestra el triunfo de Jesús resucitado en la condición humana de asimilación a Cristo.

Una de las figuras que más me recuerdan la gracia extraordinaria de la perfecta alegría es la del cardenal Joseph Bernardin, Muerto de cáncer el 14 de noviembre de 1996. En un libro -traducido al español con el título *El don de la paz*- describe los tres últimos años de su vida, y deseo citar al menos dos fragmentos:

Estos tres últimos años me han enseñado mucho sobre mí mismo y sobre mi relación con Dios, con la Iglesia y con los otros. Tres acontecimientos principales, en el marco de estos tres últimos años, me han llevado al lugar en el que me encuentro hoy. Primero, la falsa acusación de mala conducta sexual en noviembre de 1993 y mi reconciliación final con el acusador un año después. Segundo, mi diagnóstico de cáncer de páncreas en junio de 1995 y la intervención quirúrgica que me curó para quince meses. Tercero, la vuelta del cáncer a finales de agosto de 1996 —esta vez en el hígado— y mi decisión de interrumpir el tratamiento tras un mes de quimioterapia, y de vivir del modo más pleno posible lo que me quedara de vida.

Durante aquel periodo, el cardenal Bernardin se dedicó especialmente a confortar enfermos de cáncer, visitándoles o a través de cartas. Dicen en este libro que los tres últimos años

fueron gozosos en la misma medida en la que fueron difíciles [...] Parafraseando a Charles Dickens en Historia de dos ciudades, “ha sido el tiempo mejor, ha sido el tiempo peor”. El peor, por la humillación, el dolor físico, el ansia y el miedo. El mejor, por la reconciliación, el amor, la sensibilidad pastoral y la paz engendrada por la gracia de Dios y por el creciente apoyo de la gente.

Las reflexiones del Cardenal Bernardin nos permiten intuir lo que puede ser la gracia de la alegría evangélica, gracia que no podemos presumir de tener, ya que el Señor la concede de manera gratuita a quien la pide y la admira en sus santos.

Las humillaciones del ministerio.

Son muchas las modalidades de nuestra participación en las humillaciones de Cristo en el ministerio, y vosotros las experimentáis más que yo. De todos modos, voy a recordar algunas.

Nos damos cuenta de que en esta sociedad somos una minoría; ahora bien la gracia del Espíritu nos ayuda a vivir esa condición sin lamentos ni tristeza; más aún, nos hace comprender que se trata de un cansancio, de una humillación, pero, al mismo tiempo, de una ocasión para mostrarnos más incisivos en la pastoral.

Forma parte así mismo de la humillación del ministerio sentirnos fuera de juego y casi burlados en el ritmo de las diversiones y de las ganancias del mundo contemporáneo.

Forma parte también del oprobio de Cristo el no sentirnos aceptados, recibir ciertos rechazos, así como el padecer auténticas agresiones.

Podemos analizar las situaciones en las que participamos del oprobio de Cristo y comprender cómo nos invita el Señor a vivirlas con el don de su gracia.

Me complace mencionar la figura de don Vicezio Arrigone, uno de mis sacerdotes, fallecido el 20 de junio de 1998. Dos meses antes había ido yo a hacer la visita pastoral a su parroquia y, aunque ya estaba gravemente afectado por un mal incurable, llevaba adelante el ministerio con toda su fuerza de voluntad, con un coraje admirable. Este sacerdote nos ha dejado un bellissimo testimonio de perfecta alegría durante esa humillación que es la enfermedad, en la siguiente reflexión:

¡Hágase tu voluntad! Ahora bien, lo que quiere el Señor es nuestra felicidad. Dios quiere siempre el bien, lo transforma todo para el bien. A pesar de todo lo que pueda pasarnos, Dios quiere nuestro bien. Puede suceder también que nadie nos quiera bien en el mundo, pero Dios sí nos quiere bien, y eso basta para estar bien.